

1.1. Qué son los Apócrifos

Entre los cuatro Evangelios y los llamados Apócrifos hay dos diferencias notables. Una de antigüedad y otra de contenido (de modo que las diferencias notables que se dan entre los cuatro evangelios se convierten en secundarias).

Veámoslas brevemente.

A) La palabra "apócrifo" significa "oculto". Se llamó *Apócrifos* a estos Evangelios porque aparecen bastante más tarde que los Evangelios del Nuevo Testamento, y había que justificar el hecho de que hubieran estado "escondidos" durante tanto tiempo. Por lo que los especialistas han podido averiguar, la mayoría de los apócrifos encontrados hasta ahora aparecieron, en su lengua original, el griego, a finales del siglo II y, sobre todo, en el siglo III (varios de ellos en el IV o más tarde). El llamado *Evangelio de Judas* debió ser escrito hacia el año 180. Para explicar esta aparición tardía se recurrió a la ficción de que durante un tiempo estuvieron "ocultos", escondidos. Por eso se conocieron más tarde.

B) Otra característica de los *Apócrifos* es que no transmiten la enseñanza pública de Jesús, como los Evangelios del Nuevo Testamento, sino otra *enseñanza privada, esotérica, elitista*, que Jesús sólo habría comunicado a un personaje privilegiado, al que quería más que a los demás (en esto imitan al Evangelio de Juan). Ésta sería otra razón más para explicar por qué se habían dado a conocer tan tarde. Pero de los contenidos hablaremos más tarde. Esta atribución a algún autor famoso (o *pseudonimia*) era frecuente en la literatura bíblica, y en la literatura judía de entre los siglos III a.C. y I d.C. Utilizó este procedimiento el libro bíblico de Daniel. Y, entre los "apócrifos judíos", el *Primer Libro de Henoc*¹, el *Segundo Libro de Baruc*², o el *Cuarto Libro de Esdras*. Estos dos últimos son "apocalipsis" judíos escritos en la misma época que el Apocalipsis de Juan. Todos los personajes a los que se atribuye alguno de los "Evangelios" apócrifos, ya eran familiares y significativos para los cristianos por los relatos de los cuatro Evangelios. En concreto se han encontrado Evangelios de María Magdalena, o de apóstoles como Tomás, Pedro, Mateo o Judas, y de Santiago el Menor, el líder de la Iglesia madre de Jerusalén, al que san Pablo en la carta a los Gálatas 1,19 llama "el hermano del Señor".

Las revelaciones de Jesús, que cada uno de estos apócrifos pretende transmitir, son muy distintas entre sí (si prescindimos de los apócrifos de la Natividad). Eso los distingue claramente de los Evangelios del Nuevo Testamento. Pero es común a muchos de esos apócrifos, llamados *Evangelios gnósticos*, el interés por el conocimiento espiritual, el conocimiento auténtico de sí mismo, que Jesús ayuda a descubrir, a despertar, en lo más profundo del propio ser. Jesús es fuente de salvación por ese conocimiento y no porque haya entregado su vida hasta la cruz. Otro rasgo significativo común a la mayoría de ellos: desprecian la creación y el cuerpo material. Si situamos el *Evangelio de Judas* en el marco de los *Apócrifos*, su descubrimiento y contenido no resultan nada novedosos, en contra de lo que la propaganda mediática nos quería hacer creer. Por ello es bueno que conozcamos mejor estos apócrifos en su globalidad.

1.2. Su aparición

En la tradición religiosa de las Iglesias cristianas no sólo aparecieron los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento.

Aparecieron también otros "Evangelios" que las grandes Iglesias no aceptaron como fieles a lo que podemos saber históricamente de Jesús de Nazaret. El haber encontrado estos Evangelios apócrifos es históricamente positivo, pues nos ha permitido descubrir que, muy pronto, el cristianismo fue tan plural y controvertido como el que nos toca vivir hoy a nosotros. Ya se sabía de su existencia por las críticas que hacen de ellos los escritores

eclesiásticos de primeros siglos del cristianismo. Pero la mayoría de ellos no habían sido encontrados, ni siquiera en traducciones, sobre todo los Evangelios calificados como "gnósticos". El gran descubrimiento de ellos es relativamente reciente.

El año 1945, unos pastores árabes encontraron casualmente en Nag Hammadi (lugar desértico de Egipto), toda una biblioteca de escritos gnósticos, ocultos en ánforas. Algunos de ellos se perdieron en parte, o quedaron un poco deteriorados, porque al inicio los que los encontraron no fueron conscientes de su valor. El *Evangelio de Judas*, descubierto más tarde también en Egipto, no lejos de Nag Hammadi, podría haber formado parte de esta biblioteca. Ello explicaría sus semejanzas con algunos de los escritos de Nag Hammadi, ya publicados hace tiempo y traducidos a diversas lenguas.

1.3. Dos tipos de Apócrifos

Fundamentalmente, los Evangelios apócrifos encontrados a lo largo del tiempo son de dos tipos. Unos más populares y (a excepción del *Proto- Evangelio de Santiago*) menos antiguos que los del segundo grupo. Los más famosos entre ellos son conocidos como *Apócrifos de la natividad y de la infancia de Jesús*. Éstos hace ya tiempo que eran conocidos y habían sido publicados. Los otros son los conocidos como *Evangelios gnósticos*, ya citados. Más elitistas, más intelectuales y, en general, más antiguos que el grupo anterior. Pero menos antiguos que los Cuatro Evangelios. "*Gnósticos*" es una palabra de origen griego (lengua común en las primeras Iglesias cristianas), que significa los "conocedores", porque para ellos lo que salva al ser humano es el "conocimiento" (*Gnosis*). El nombre se mantuvo, aunque pronto el cristianismo se inculturó en otras lenguas, como el siríaco, armenio, copto o latín.

Son muy diversos; pero suelen tener en común que no cuentan la vida y las palabras públicas de Jesús, que le llevaron a la muerte en la cruz, sino que contienen palabras "secretas", desligadas de su vida, que Jesús comunicó sólo a personas privilegiadas. Por eso:

- 1) no valoran el compromiso de Jesús por el Reino de Dios y los pobres;
- 2) no valoran su encarnación, que le llevó a ser auténticamente humano;
- 3) no valoran la cruz real, expresión de su entrega por amor a la humanidad hasta dar la vida para salvarla;
- 4) no valoran el compromiso ético implicado en el seguimiento de Jesús.

Parece ser que el griego, lengua original de los cuatro Evangelios canónicos y de todo el Nuevo Testamento, lo fue también de los Apócrifos (escritos la mayoría a finales del siglo II o en el III).

Pero de la mayoría de estos evangelios apócrifos no hemos encontrado los textos griegos originales, ni copias antiguas y fidedignas, como ha ocurrido con los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento. Sólo nos han llegado *traducciones posteriores*, que suelen datarse entre finales del siglo III y comienzos del siglo IV. Esto vale también para el *Evangelio de Judas*, que se ha encontrado también en una traducción copta de finales del siglo III o comienzos del IV, aunque su original debió ser griego y escrito hacia el año 180 d.C.

2. APÓCRIFOS DEL NACIMIENTO Y DE LA INFANCIA DE JESÚS

Ya hemos hablado del carácter popular de este grupo de apócrifos. De hecho, muchos cristianos no saben hoy de dónde les vienen mil tradiciones que les resultan familiares, pero que no están en el Nuevo Testamento, sino en estos apócrifos.

2.1. Características generales

Entre ellos habría que destacar tres, por el influjo que tuvieron en la piedad popular: el *Protoevangelio de Santiago* que (por las referencias que encontramos en los escritores eclesiásticos antiguos), tuvo que ser escrito probablemente en el siglo II, en todo caso no después del siglo IV. El *Evangelio del Pseudo-Mateo*, cuyo origen hay que datar, probablemente, a mediados del siglo VI d.C. Y el *Evangelio de la Natividad de María*, que es posterior, porque depende de los dos anteriores. Común a todos ellos es que quieren llenar las lagunas de información sobre el nacimiento y la infancia de María y de Jesús que dejan abiertos los cuatro Evangelios.

Los Evangelios canónicos no dicen nada de la infancia de María. Sólo Mateo y Lucas hablan del nacimiento de Jesús y son muy sobrios, muy teológicos, en los pocos datos que aportan. (Lucas narra también en 2,39-52 un episodio significativo de su infancia: el niño perdido y hallado en el Templo).

A la piedad popular esto le pareció insuficiente. Tenía interés por conocer muchas más cosas. Esa *ansia de saber más* (que hoy sigue alimentando la industria mediática respecto a nuestros "famosos") es la que quieren colmar los Apócrifos de la infancia. Común a todos ellos, a diferencia de los evangelios canónicos, es su gusto, más bien ingenuo y popular, por destacar la actuación maravillosa de Dios (o de Jesús) en esta etapa del niño Jesús. También sobresale el afán por explicar la niñez de María (destacando hasta lo inverosímil su separación de todo lo que pueda tener que ver con una niñez normal), y por defender su virginidad perpetua. Esto último es lo que ocurre en el *Protoevangelio de Santiago* (XX 1-4), que cuenta que la comadrona quiso meter la mano para constatar si María seguía virgen después del parto. La mano se le carbonizó, pero al tomar, luego, al niño se le curó.

Todos estos apócrifos se distinguen por su imaginación creadora, oriental, ingenua y maravillosista, a la que encantan los rasgos legendarios, fantásticos, pues con ello cree poder destacar más el poder sobrenatural de Dios y el de Jesús. O por fomentar un tipo determinado de piedad mariana ajena al Nuevo Testamento: pues éste da una imagen mucho más humana de María, destacando su gran fe (basta con ver la María que pinta Lucas).

Si las Iglesias cristianas no los aceptaron como "canónicos", se debió, no sólo a que la mayoría de ellos son tardíos sino, sobre todo, a que la imagen de Dios y de Jesús que presentan, destaca tanto los rasgos maravillosos, poco concordes con la humanidad de Jesús, que parece contradecir el obrar de Dios tal como lo conocemos por los evangelios canónicos. En este sentido, fomentan una concepción falsa o, por lo menos, muy poco adecuada de Dios y de su actuación en el mundo. Por ello, las Iglesias no los reconocieron como inspirados por Dios. En cambio, tuvieron mucho éxito entre los grupos que negaban que Jesús fuera realmente humano. Y aprovecharon la ignorancia del pueblo sencillo (y, a veces, también del clero), para fomentar unas imágenes de Jesús y de María que no son las reveladas por Dios.

2.2. Unos Evangelios muy populares

Es interesante constatar, la gran popularidad de estos apócrifos entre la gente sencilla, porque varios detalles, que sólo se encuentran en ellos y no en los Evangelios canónicos, han permanecido en el imaginario popular. Por ejemplo: los nombres de los padres de María (Joaquín y Ana: ver el *Protoevangelio* I-II), el buey y la mula junto al pesebre (*Pseudo-Mateo* XIV), el nombre de los tres magos, Melchor, Gaspar y Baltasar,

caracterizados como reyes (*Evangelio armenio de la infancia* V 10, un texto que parece ser posterior al *Evangelio árabe de la infancia*), la fiesta de la presentación de María en el Templo (*Protoevangelio* VII), o la leyenda según la cual José era viejo y viudo, pero, al ir al Templo con los otros varones para que Dios decidiera quién iba a ser el esposo de la Virgen María, sólo de su vara salió una paloma que lo confirmó como designado por Dios para proteger la virginidad de María. Este relato, además de asegurar la virginidad de María, antes, en y después del parto (idea que no se encuentra en el Nuevo Testamento), explicaría el hecho, para algunos escandaloso, de que en el Nuevo Testamento se hable de los hermanos y hermanas de Jesús, que no serían hijos de María, sino del primer matrimonio de José (*Protoevangelio* IX, 1- 2).

Las citas que ofrecemos antes de cerrar este apartado, ayudarán a comprender por qué estos “evangelios” no fueron considerados como inspirados por Dios. O bien dan una imagen poco humana de María. O bien destacan de modo excesivamente milagroso y poco en concordancia con la humanidad real de Jesús, la actuación extraordinaria de la naturaleza en el nacimiento e infancia del niño. O bien presentan una visión inhumana del niño Jesús que deja secos, muertos, a los niños que le molestan en sus juegos.

3. LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS DE NAG HAMMADI

El segundo grupo, el de los Evangelios gnósticos, presenta otro tipo de espiritualidad, también muy distinta de la de los Evangelios canónicos. Su interés radica también en que, como ocurre con el *Evangelio de Judas*, dan a conocer que el cristianismo primitivo fue muy plural y que, junto a las grandes Iglesias cristianas, existían otros grupos cristianos que proponían una fe distinta, porque no les gustaba la fe de la Iglesia y lo que enseñan los evangelios de *Marcos, Mateo, Lucas y Juan*.

Pero no todo es negativo en ellos. Quieren reaccionar aunque desmesuradamente:

- 1) Contra una jerarquización excesiva de la Iglesia, que va tomando cada vez más como punto de referencia la estructura patriarcal del Imperio romano.
- 2) Contra la marginación progresiva de las mujeres en la Iglesia, que ya empieza a aparecer en algún escrito tardío del Nuevo Testamento (ver 1 Timoteo 2,11-15). Los gnósticos, en cambio, inspirándose quizás en el *Evangelio de Juan*, en el que las mujeres desempeñan un claro papel teológico y pastoral, dan un gran protagonismo eclesial a las mujeres.
- 3) Contra una respuesta superficial al problema del mal en el mundo. Pues otra inquietud positiva que se refleja en ellos -aunque la solución que proponen no es adecuada- es su inquietud por ese problema. Desgraciadamente, ni las grandes Iglesias supieron descubrir a tiempo lo que podían tener de positivo esas críticas, ni ellos hicieron esfuerzos especiales por dialogar con dichas Iglesias.

3.1. Rasgos generales de la Gnosis

Dos hechos concretos reavivan hoy nuestro interés por el estudio del gnosticismo, que floreció en los siglos II y III d.C.

Por un lado las tendencias gnósticas vuelven a interesar, como en los comienzos del cristianismo. Pero no se trata sólo una “moda” intelectual, sino que, como ya sucedió hace casi 2000 años, es consecuencia de determinadas circunstancias políticas, económicas, sociales y religiosas. Es una manera de intentar compensar la dureza de la vida en este mundo, de *encontrar consuelo, sin que sea necesario encargarse de la transformación de un mundo lleno de injusticia*. Por otro lado, está su reacción contra la manera como las grandes Iglesias cristianas encarnaron la fe. Pues, en el fondo, lo que

este tipo de movimiento cuestiona es la pretensión de las grandes Iglesias de que sólo ellas gozan de autoridad apostólica incuestionable para interpretar y administrar la experiencia religiosa (cristiana) y el legado del Señor Jesús, devaluando así el papel y la corresponsabilidad de toda la comunidad. No es casual que la gnosis y el gnosticismo cristiano florecieran precisamente cuando la estructuración jerárquica de las Iglesias se consolida en su triple dimensión de obispos-sacerdotes-diáconos: pues para la Iglesia católica sólo éstos, en cuanto están legitimados por la sucesión apostólica, son los garantes de la fidelidad a la tradición original, fundadora, del cristianismo. Mientras que, para los cristianos gnósticos, "la invención creativa original era la marca de todo aquel que se volvía espiritualmente vivo", y "a quienquiera que se limitase a repetir las palabras del maestro se le consideraba inmaduro", pues "quienquiera que reciba el espíritu se comunica directamente con lo divino" (E. Pagels, *Los Evangelios Gnósticos*, Barcelona 1982, p. 59).

Lo que está, pues, en juego es *quién interpreta y administra adecuadamente y con autoridad la revelación de Jesús de Nazaret* que nos ha llegado, inicialmente, a través de sus compañeros y compañeras. Según Pagels, la respuesta que dan a esta pregunta Valentín (quien fue uno de los grandes pensadores gnósticos, y que llegó a Roma el año 140 d.C.) y sus seguidores es la siguiente:

"Arguyeron que sólo la experiencia propia ofrece el criterio último de la verdad, teniendo prioridad ante todo testimonio de segunda mano y toda tradición, ¡incluso la tradición gnóstica! Celebraron todas las formas de invención creativa como prueba de que una persona ha pasado a estar espiritualmente viva. Según esta teoría, la estructura de la autoridad jamás puede quedar fijada a un marco institucional: debe seguir siendo espontánea, carismática y abierta". (*Los evangelios gnósticos*, p. 66).

Es, pues, importante para estos grupos destacar el valor del conocimiento creador, por eso este movimiento recibe el nombre de *Gnosis*. El nombre de "gnósticos", como ya he indicado, se debe, según el antiguo escritor eclesiástico Hipólito, a que el grupo de los denominados "naasenos" (o seguidores de la Serpiente) "se autodenominaron "gnósticos", proclamándose los únicos poseedores del conocimiento (*gnosis*) profundo". Específico de la "*gnosis*" es la tesis de que *la salvación se consigue por el conocimiento*. Pero no por un conocimiento cualquiera, sino por un conocimiento que es superior a los sentidos, a la razón y a la fe. Un conocimiento que no poseen todos los mortales, sino sólo aquellas personas que han sido agraciadas por una *chispa de la luz divina* desprendida de Dios y encerrada en la cárcel del cuerpo. Por ello se denominan a sí mismos "pneumáticos" ("espirituales": de la palabra griega *Pneuma*, que significa "espíritu"). Como señala M. Guerra, la *Gnosis* "consiste en una introspección psicológico-religiosa, a veces con connotaciones "místicas", del hombre en su propia interioridad, generalmente mediante la respuesta a la triple pregunta: "¿De dónde he venido, dónde estoy, adónde voy?", o también: "¿Quién era, quién soy, quién seré?".

Por eso, en el gnosticismo antiguo, la "revelación" es un "mensaje" de lo alto, capaz de "despertar" al "pneumático, espiritual", es decir, al gnóstico, haciéndolo caer en la cuenta de que su "espíritu" es superior a la materia, que no proviene del mundo inferior o material, sino del pleromático o divino, y que a él debe retornar. La "revelación gnóstica" consiste en "experimentar" la dignidad no de la persona humana, sino de uno de sus componentes: el "espíritu", así como la excelsitud de su origen y de su destino... Por ello no dan importancia al contenido objetivo de la revelación divina. Por eso la gnosis es un "conocimiento salvador" en cuanto ese conocimiento es capaz de hacer consciente al espíritu humano de su destino trascendente, de liberarlo de su situación presente en el cuerpo y en el mundo, así como de colocarlo en su situación definitiva tras la muerte"

En un ambiente de persecución, facilitado por el compromiso a favor de la justicia propio de los Evangelios canónicos, sobre todo los Sinópticos, se comprende que unos evangelios, como los gnósticos, gozaran fácilmente de simpatía entre aquellas personas que no veían como bueno el oponerse a los poderes establecidos. Su espiritualismo y ocultismo evitaba el que alguien los descubriera, y los denunciara al Imperio como elementos peligrosos políticamente. Finalmente, uno de los problemas que más preocupan a los "gnósticos" es muy serio, y sigue preocupándonos hoy. Se trata de la existencia del mal en el mundo. La respuesta gnóstica implica un cierto dualismo. Para ellos, el Dios supremo es trascendente, lejano, impersonal e inactivo (recibe diferentes nombres: Padre, Trascendente, Amorfo, Abismo, Pre-Padre etc.). Por esto no interviene ni en la creación de la materia o en la formación del mundo, ni en su gobierno, ni en la vida de los seres humanos, ni en la historia de la humanidad. Ni interviene ni puede intervenir, pues, si lo hiciera, se contaminaría, se volvería malo, dejaría de ser divino, pues la materia es el mal. Con ello no se le puede culpabilizar de que el mundo vaya tan mal.

¿Cómo explican entonces el origen del mundo? Con distintos matices, según grupos, lo explican así: Dios, el Trascendente, el totalmente Desconocido, por una decisión absolutamente libre, decide comunicarse por gracia. A partir de esta decisión, comienza la emisión descendente de los "eones" (periodos de tiempo, eternidad): designación genérica de las entidades o personificaciones del ámbito superior o pleromático⁷ que van emanando de Dios. Cada "eón" procede de la divinidad por emanación y emparejamiento (masculino femenino): *Dios-Gracia, Abismo-Silencio, Entendimiento-Verdad, Palabra-Vida, Hombre-Iglesia*, etc., hasta completar la "ogdóada", los "cuatro pares de eones (o los doce pares, según otros sistemas). Esta comunicación de Dios puede seguir multiplicándose. En este proceso, el elemento femenino de la pareja -y, sobre todo, la "madre"- tiene mucha importancia. En algunos sistemas, junto al Padre innombrable, en el proceso de generación de los "eones" está el principio femenino, la madre, denominada también *Barbelo* (que puede ser identificada con el Espíritu).

En este supuesto, el mundo material no es obra de Dios, sino del Demiurgo y de la Sabiduría y es, por tanto, malo. El Demiurgo recibe nombres diferentes según las escuelas (Arconte, Ialdabaoth, Saclas, Samael) y es, a menudo, identificado al Dios del Antiguo Testamento y contrapuesto al "Dios bueno", supremo (el del Nuevo Testamento, aunque éste, entonces, no nos ha creado ni salvado a través de Jesús).

Se comprende entonces (como acentúa el *Evangelio de Judas*), su visión negativa del cuerpo del ser humano. Y que la salvación no se obtenga por la entrega de Jesús hasta la cruz, en la que "Dios estaba reconciliando consigo al mundo pecador" (1Cor 5,17-21), para que el ser humano, libre de la esclavitud del pecado, pueda hacer el bien gracias al don del Espíritu de Jesús (Rom 8). *La salvación viene más bien por la liberación del cuerpo*, que es la prisión del espíritu, de la luz que está encerrada en él. Esto sólo lo logra "el que lo sabe, el que *conoce*", como es el caso de Judas, según el Evangelio atribuido a él. Por eso, supuesto que la materia es el origen del mal, Jesús pide a Judas que le ayude a liberarse del cuerpo, entregándolo a sus enemigos: pues no es bueno que Jesús esté inmerso en un cuerpo material.

Por eso, para ellos no puede haber auténtica encarnación de Dios. Algunos, incluso, llegan a afirmar que el cuerpo de Jesús era sólo aparente⁸. Otros afirman que, en el momento de la cruz, Cristo, oculto en Jesús, dejó su cuerpo y se rió de los que creían que le estaban crucificando. En una concepción de este tipo, no hay ninguna solidaridad auténtica de la Víctima Jesús con las víctimas de este mundo... Todo lo contrario de lo que afirman los Evangelios canónicos.

3.2. El Evangelio de Tomás

Muchos son los escritos que los distintos grupos o sectas gnósticas fueron produciendo para defender sus doctrinas, más o menos evolucionadas. Uno de los más interesantes y más antiguos, encontrado también en la biblioteca de Nag Hammadi, es el denominado *Evangelio de Tomás*, que recoge distintas palabras sueltas atribuidas a Jesús, bastantes de ellas en formulaciones semejantes a las que encontramos en los Evangelios llamados Sinópticos, porque de “un vistazo” (eso significa “sinóptico” en griego), se pueden constatar sus semejanzas.

Lo que distingue al *Evangelio de Tomás* de los cuatro canónicos es que no acepta el modelo de Evangelio que se impuso desde Marcos: *situar las tradiciones sobre Jesús en el marco de su vida que le llevó a la muerte en cruz y a la resurrección*. Se limita a recoger, simplemente, 114 “logia”, o *palabras sueltas de Jesús*, totalmente al margen de su historia. Varias de estas palabras están formuladas de modo que reflejen la teología gnóstica, como veremos más abajo, y tienen poco que ver con lo que conocemos de Jesús por los Evangelios canónicos, que parecen anteriores al *Evangelio de Tomás* (aunque es posible que éste haya recibido también tradiciones orales, semejantes a las de los Evangelios sinópticos, pero que no dependían de ellos).

Un único ejemplo (cuyo texto veremos más abajo) según este evangelio, la parábola de la oveja perdida (Lc 15,3-7 o Mt 18,10-14) cuenta que el pastor fue a buscar la oveja perdida porque *era la más gorda* y por eso la quería más que los demás. Mateo y Lucas, en cambio, dicen que la fue a buscar simplemente porque *estaba perdida* y Dios no quiere que nadie se pierda

3.3. El evangelio de María [Magdalena]

Por el interés que ha despertado *El Código da Vinci*, con sus afirmaciones de que Jesús estaba casado con María Magdalena y había tenido un hijo de ella, diremos un par de palabras sobre los Evangelios gnósticos de *María* y de *Felipe*, pues Brown, el autor de la novela, dice que sus afirmaciones están apoyadas históricamente por estos dos evangelios.

Empecemos con el *Evangelio de María*, cuyo original griego fue escrito probablemente en la segunda mitad del siglo II. En ningún lugar de este Evangelio se dice que María Magdalena fuera la esposa de Jesús, ni que tuviera un hijo de él. Sí se indica, en cambio, que María Magdalena es la discípula preferida de Jesús. En este rasgo se parece a los otros Evangelios gnósticos que, para dar “legitimación” a su escrito, lo atribuyen a un Apóstol, que sería entonces el preferido del Señor.

De acuerdo con las tendencias gnósticas ya comentadas, este evangelio busca devaluar la autoridad de Pedro a favor de otra figura alternativa -en este caso, María Magdalena-, que sería la discípula preferida de Jesús, la receptora de sus revelaciones privilegiadas. Esto es lo que supone el siguiente texto, que aparece luego de que María ha contado algunas de sus visiones: “Después de decir esto, María permaneció en silencio, dado que el Salvador había hablado con ella hasta aquí. Entonces Andrés habló y dijo a los hermanos: “Decid lo que os parece acerca de lo que ha dicho. Yo, por mi parte, no creo que el Salvador haya dicho estas cosas. Estas doctrinas son bien extrañas”.

Pedro respondió hablando de los mismos temas y les interrogó acerca del Salvador: “¿Ha hablado con una mujer sin que lo sepamos, y no manifiestamente, de modo que todos debamos volvernos y escucharla? ¿Es que la ha preferido a nosotros?” Entonces María se

echó a llorar y dijo a Pedro: "Pedro, hermano mío, ¿qué piensas? ¿Supones acaso que yo he reflexionado estas cosas por mi misma o que miento respecto al Salvador?" Entonces Leví habla a Pedro: "Pedro, siempre fuiste impulsivo. Ahora te veo ejercitándote contra una mujer como si fuera un adversario. Sin embargo, si el Salvador la hizo digna, ¿quién eres tú para rechazarla? Bien cierto es que el Salvador la conoce perfectamente; por esto la amó más que a nosotros" (*Ev. de María* 17-18).

En este texto no se indica que María fuera la esposa de Jesús, sino tan sólo, como en el caso del "discipulo amado" (en Juan), o de Judas (en el Evangelio de Judas), que Jesús la ama más que a los demás. Por ello le ha comunicado unas revelaciones privilegiadas que son superiores -esto es lo que se pretende defender- a las revelaciones públicas que encontramos en los Evangelios Canónicos. En el resto del Evangelio de María no hay ningún otro texto que pueda dar pie a la suposición de que la Magdalena estuviera casada con Jesús.

3.4. El Evangelio de Felipe

Es el otro texto en el que se basa Brown, para afirmar que María Magdalena estuvo casada con Jesús.

Según los investigadores, se trata de un texto claramente marcado por el pensamiento gnóstico. Como todos los Evangelios gnósticos, está escrito para dar fundamento histórico y teológico a unas doctrinas que no han encontrado buen eco en las grandes Iglesias cristianas.

No cabe entonces suponer, sin más, que lo que estos textos gnósticos afirman, responda a datos históricos, confiables desde una investigación científica seria. Y más dado que no son escritos tan antiguos como los Evangelios Canónicos.

Añadamos que nada en el texto permite siquiera la suposición de que haya podido ser escrito por el apóstol Felipe. Fue escrito, probablemente, entre la segunda mitad del siglo II y la primera mitad del siglo III, probablemente en griego (aunque no conocemos el original), Y su teología está muy influenciada por la del gnóstico Valentín. Veamos los textos en que se basa Brown para afirmar que este Evangelio demuestra que María Magdalena fue la esposa de Jesús y tuvo un hijo de ella.

El primero es el siguiente: "Tres [mujeres] caminaban siempre con el Señor: María, su madre; la hermana de ésta; y Magdalena, que es denominada "su compañera". Así, pues, María es su hermana, y su madre, y es su compañera" (*Ev. de Felipe* 59).

Partiendo de que aquí María es llamada "la compañera" de Jesús, Brown deduce que ello significa que es su esposa. Y para probarlo, pone en boca de Teabing (al que presenta en la novela como un historiador) las siguientes palabras: "Como le dirá cualquier estudioso del arameo, la palabra *compañera*, en esos días, significaba, literalmente, *cónyuge*".

Pero esta argumentación adolece de un defecto serio: este evangelio no fue escrito en arameo, sino en griego y, por tanto, lo que la palabra signifique en arameo resulta poco interesante. La palabra griega que se usa aquí (*koinonós*) puede significar "esposa", aunque no es la palabra que el griego suele utilizar para designar a la esposa. Pero puede significar también "hermana" (en sentido espiritual) o "socio", compañero de trabajo.

Es la misma palabra que usa Lc 5,10 para indicar que Santiago y Juan eran los compañeros, que formaban sociedad con Simón para practicar la pesca en el lago de Galilea. Nadie sensato deducirá de esta palabra que Santiago y Juan eran los

compañeros sexuales de Pedro o de Jesús. La palabra sola, por tanto, no basta para probar que este Evangelio quiera designar a María Magdalena como la esposa real de Jesús.

Pero hay otro texto en el que también se basa el autor de *El Código da Vinci* para dar como probado que María Magdalena era la esposa de Jesús. Es el siguiente:

“La sabiduría denominada “estéril” es la madre [de los] ángeles. Y la compañera del [Salvador] María Magdalena. El [Salvador] la amaba más que a todos los discípulos, y la besaba frecuentemente en la [boca]. Los demás [discípulos] [se acercaron a ella para preguntar]. Ellos le dijeron: “¿Por qué la amas más que a todos nosotros?” El Salvador respondió y les dijo: “¿Por qué no os amo a vosotros como a ella?” (*Ev. de Felipe* 63-64).

La copia, en lengua copta, que ha llegado hasta nosotros, está deteriorada en algunos puntos. Las palabras entre corchetes indican la reconstrucción que han hecho los especialistas, de la mejor manera posible. La expresión sorprendente es la que afirma que Jesús “besaba a María Magdalena en la boca”. De ello deduce Brown que era su esposa. Pero la palabra “boca”, según los editores científicos, no es una palabra segura del texto original. En la nota 81 de la p. 35 de la edición de los Evangelios gnósticos que he citado más arriba en nuestra nota 4, se indica que la palabra ha tenido que ser restituida, y que en su lugar podrían haber estado palabras como “mejilla” o “frente”. En el mundo judío, donde la mujer, si salía de casa con el marido no iba a su lado sino detrás de él, es muy difícil imaginar a Jesús besando públicamente a María en la boca, ni aunque fuera su esposa: eso cabe en el Hollywood del s. XX pero no en la Galilea del s. I. Pero aunque el original tuviera, efectivamente, la palabra “boca”, ni siquiera esto probaría que se está hablando de María como la esposa: pues el mundo gnóstico tiene una cierta predilección por ese tipo de imágenes simbólicas, muchas de ellas con connotaciones sexuales, sin que ello implique, ni mucho menos, que se estén refiriendo a una relación sexual de Jesús. Puede ser una manera de expresar simbólicamente la relación íntima, de conocimiento espiritual profundo, que había entre Jesús y María Magdalena.

Hay ejemplos que muestran que este lenguaje no es raro en este tipo de escritos gnósticos. En otro texto en el que ya empiezan a aparecer tendencias gnósticas (me refiero a las *Odas de Salomón*), se utiliza un tipo de imágenes, que a nosotros nos resultan impropias, para expresar la relación profunda, espiritual, entre el autor y Dios. El escrito (una colección de himnos cristianos de comienzos del siglo II, que tiene un lenguaje semejante al que encontramos en el Evangelio de Juan), contiene el siguiente párrafo:

“Una copa de leche me fue ofrecida y la bebí con la dulzura de la suavidad del Señor. El Hijo es la copa, el que fue ordeñado es el Padre y el que la ordeñó es el Espíritu Santo. Porque sus pechos estaban llenos y no era conveniente que se derramara su leche en vano. Abrió su seno el Espíritu Santo y mezcló la leche de ambos pechos del Padre. Dio la mezcla al mundo, sin caer ellos en la cuenta, pero aquellos que la reciben en su plenitud son los que están a la diestra.” (*Oda* 19,1-5).

Es legítimo concluir que el lenguaje de la gnosis no puede ser tomado literalmente, y que tiene un tono radicalmente distinto tanto del que emplean los Evangelios canónicos, como del que imaginamos nosotros.

Tampoco resulta convincente la afirmación de Dan Brown de que Jesús “tenía que estar casado”. Por lo menos esto es lo que le hace decir en la novela a Robert Langdon, presentado como profesor de Simbología religiosa de la Universidad de Harvard:

“Jesús era judío. Y el decoro social durante este tiempo prácticamente prohibía que un hombre judío no se casara.

Según la costumbre judía, el celibato era condenado. (...) Si Jesús no se casó, al menos uno de los Evangelios de la Biblia lo hubiera mencionado y habría ofrecido alguna explicación de su condición antinatural de soltería." ¿Qué valor tiene este argumento?

¿Qué hay de verdad en él? Una media verdad es a veces la peor de las mentiras. Es cierto que el casarse era lo obvio en el mundo judío, cumpliéndose así la orden de Génesis 1,18 (de paso se facilitaba que pudiera venir el Mesías). Un rabino no podía ser ordenado como tal si no estaba casado (¡pero Jesús no era un rabino ordenado!). Pero, aunque el casarse era lo corriente, no es verdad que el no casarse fuera algo antinatural, mal visto, por lo que los Evangelios hubieran tenido que justificar el que no Jesús estuviera casado. De hecho, un profeta tan significativo como Jeremías no estuvo casado. Tampoco Juan Bautista estaba casado. Y tampoco la mayoría de los esenios del tiempo de Jesús se casaban, ni provocaban con ello las críticas de sus contemporáneos. Más bien, según Filón de Alejandría, eran admirados por ello. Por tanto, en tiempo de Jesús el matrimonio no era obligatorio entre los judíos.

Y si Jesús no se casó -como no tuvo casa propia y fue un profeta itinerante-, no por ello tenían que afirmarlo explícitamente los Evangelios canónicos. Por otro lado, es un hecho que los Evangelios canónicos hablan sin ninguna dificultad de la familia de Jesús (padres y hermanos). No tenían entonces por qué ocultar que Jesús hubiera estado casado, tanto más cuanto que en aquella época las primeras Iglesias cristianas no tenían ningún prejuicio contra el sexo. De hecho, Pedro y los demás Apóstoles estaban casados. No parece pues que este Evangelio dé fundamento a la tesis del *Código da Vinci*.

3.5. El Evangelio de Judas

En este contexto en que nos ha situado el resto de los evangelios apócrifos, veamos ahora el *Evangelio de Judas*. Aunque no había sido encontrado, sabíamos de su existencia por las críticas que le hizo san Ireneo hacia el año 180 en su obra *Contra las herejías*. El hecho de que sea un escrito auténtico significa sólo que pertenece a la época antigua que se le atribuye.

Recordemos que este "evangelio" fue encontrado accidentalmente por unos campesinos en El Minya, Egipto, en 1978, lugar cercano a Nag Hammadi, y sacado ilegalmente del país. En 1984 fue depositado en un banco de Nueva York. Al estar tanto tiempo mal protegido, el manuscrito se deterioró y ha perdido una parte del texto. Por este motivo que los especialistas han tenido que reconstruirlo, lo mejor que han sabido. Como ocurre a menudo en estos casos, el evangelio no lleva el nombre de Judas como autor, pero se ha podido deducir, por su contenido, que se trata del *Evangelio de Judas* gracias a la crítica citada de san Ireneo, en cuya obra leemos: "Dicen que Judas conoció todas estas cosas y, precisamente porque sólo él conoció toda la verdad más que los otros apóstoles, ejecutó el misterio de la traición. Presentan estas invenciones llamándole el evangelio de Judas".

3.6.1. Contenido

El libro comienza con las siguientes palabras: "Relato secreto de la revelación que Jesús contó en conversación a Judas Iscariote durante una semana, tres días antes de celebrar el Tránsito [la Pascua]". Se trata, pues, de una revelación secreta, exclusiva de Judas, que sería el discípulo preferido de Jesús. Esta revelación le separa de los demás discípulos, como Jesús le indica en otro texto: Pero Jesús le anuncia que, aunque será maldito por muchos, él subirá a la [generación] sagrada: En este contexto, cuenta de otro modo que los Evangelios canónicos la entrega de Jesús por parte de Judas: éste lo entrega porque Jesús quiere liberarse del cuerpo que le resulta una carga, un impedimento (es algo

negativo, no creado por Dios, según los gnósticos, y hay que liberarse de él para poder alcanzar la salvación, como hemos visto). Por eso pide a Judas que lo entregue a sus enemigos (el motivo del dinero, conocido por la tradición, es mencionado de paso al final):

3.6.2. *Credibilidad histórica del evangelio de Judas*

El que se trate de un texto auténtico, es decir, original y antiguo, no significa automáticamente que sea verdadero o que aporte realmente hechos históricos que no conocíamos hasta ahora. Puede ser producto de la imaginación del que lo ha escrito o de los intereses del grupo que quiere defender su manera de interpretar a Jesús con este escrito. En este caso, y para darle más autoridad frente a los otros evangelios, sus autores lo atribuirían a Judas, que sería, según ellos, el discípulo privilegiado por Jesús y el que mejor le habría conocido. Con este escrito intentarían defender sus doctrinas que resultaban novedosas y se apartaban de la fe de las grandes Iglesias cristianas de la época. Por lo que sabemos de aquella época, detrás de este evangelio se encontraría una secta gnóstica, conocida como los Cainitas. Éstos, por contraposición a las grandes Iglesias, y en concreto, al Antiguo Testamento, que consideraban inspirado por Yavé, un dios malo, veneraban precisamente, como otras sectas de la misma tendencia, *todos aquellos personajes que son mal vistos en el Antiguo Testamento*: la Serpiente, Caín, los sodomitas, Esaú y luego, obviamente, a Judas. Con ello justificaban una vida moral que se apartaba bastante de los cánones de las grandes Iglesias.

Este "evangelio", como en general los evangelios gnósticos, aparecen en una época en que floreció un tipo de cristianismo elitista y espiritualista, en el sentido negativo de esta palabra, que se caracterizaba por negar el valor a la creación, que sería obra de un dios malo.

Por eso varios de estos grupos identificaban a este dios con el Dios del Antiguo Testamento. Si la creación es mala, entonces el cuerpo humano también lo es.

Siguiendo a Platón, el cuerpo es como la cárcel del espíritu, del alma. Y la salvación consiste en conocer este hecho y, por tanto, en liberarse del cuerpo para que la luz del Dios desconocido, que ha quedado encerrada en el cuerpo humano, pueda subir de nuevo a Dios y así gozar de la plena felicidad. De ahí la palabra griega *gnosis* ("conocimiento"). Por eso, para todos estos grupos, que no privilegiaban la ética jesuánica, el compromiso cristiano con los pobres, el comprometerse en la transformación, en la humanización, de este mundo, el cuerpo no sólo no resultaba interesante, sino que era contraproducente.

Se comprende, entonces, que si, para ellos, el Dios que se revela en la Biblia es malo y, por otro lado, quieren oponerse a la fe de las grandes Iglesias, consideren como héroes a aquellos personajes de la Biblia que ésta describe como malos: la serpiente, Caín o Judas. Se comprende también que, para defender su desprecio del cuerpo, afirmen que Jesús encargó a Judas, que había comprendido lo malo que es tener un cuerpo, que lo traicionara, pues con ello le iba a ayudar a liberarse del cuerpo que lo oprimía. Por tanto, este Evangelio no indica nada que responda realmente a la verdad histórica. Simplemente propone un tipo de cristianismo light, pero elitista.

Apéndice

Al llegar aquí puede ser útil una mirada muy rápida al proceso por el que la absoluta mayoría de las iglesias cristianas de los primeros siglos, tras un proceso largo y laborioso de diálogo entre ellas, llegó a considerar a los cuatro evangelios clásicos como los únicos

“inspirados realmente por Dios” (en el sentido de 2 Tim 3,16). De ahí nació la palabra “canónicos: del término griego *canon* que significa caña pero también regla para medir algún objeto. Para llegar a esta conclusión, las iglesias fueron elaborando una serie de *criterios fundamentales*: la cercanía en contenido y tiempo a lo que fue el testimonio apostólico sobre la vida y palabras de Jesús (los escritos incorporados al Canon han de haber aparecido, a más tardar, en la primera mitad del s. II). Además: el haber sido leídos con provecho en las liturgias de las iglesias de los primeros siglos cristianos, de modo que hubiera coincidencia en que dichos escritos expresan bien la fe apostólica recibida.

Por todo eso, cuando en el s. II hubo que poner títulos a los evangelios que se intercambiaron las iglesias (y que en principio eran anónimos), fueron atribuidos a un Apóstol o discípulo suyo, para señalar así su origen apostólico. Ya señalamos lo normal que era entonces este procedimiento de la *pseudonimia*. Lo malo fue que también los gnósticos copiaron este procedimiento. Con ello el que un evangelio estuviera atribuido a un Apóstol, no implicaba automáticamente que fuera auténtico.

Hubo sobre todo dos movimientos que obligaron a fijar cuáles eran los evangelios que debían ser considerados como canónicos. Dos movimientos que; a.. O bien limitaban el número de libros leídos en la liturgia de las iglesias (Marción, a finales del s. II rechazó como falso todo el Antiguo Testamento y consideró como inspirados sólo el evangelio de Lucas y 10 cartas de Pablo) b. O bien añadían libros nuevos como los montanistas (Montano apareció en la segunda mitad del s. II) que con sus profetisas creían haber recibido nuevas revelaciones del Espíritu.

Para llegar a esta conclusión necesitaron tiempo pues los contactos no eran fáciles en una época sin internet, sin teléfono, sin aviones y con frecuentes persecuciones. Y, dado que uno de los criterios fundamentales era que el contenido de los libros reflejara bien la fe apostólica común a las iglesias, había que encontrar la oportunidad para intercambiar las opiniones de cada una. Sobre los evangelios canónicos y las cartas de Pablo hubo unanimidad entre las iglesias desde primera mitad del II.

Pero la lista de todo el Nuevo Testamento no se pudo fijar *definitivamente* hasta el s. IV, cuando acabaron las persecuciones. Desde entonces la iglesia católica, las protestantes y las ortodoxas mantienen los 27 libros que encontramos en el N.T. No obstante hay listas provisionales ya en el s. II (el llamado *Canon de Muratori*) y en otros autores anteriores al s. IV. Unos pocos escritos estuvieron en debate durante un tiempo porque no todas las iglesias veían claro si su contenido era realmente apostólico. O porque el texto resultaba difícil de comprender:

(como la *Carta a los Hebreos* y el *Apocalipsis*) o porque era utilizado por grupos sectarios que se habían separado de la fe (esto ocurrió durante un breve tiempo con el cuarto evangelio, preferido por algunos grupo que se habían separado en los s. II y III y que culminaron en las iglesias gnósticas. Ello hizo dudar a algunas iglesias. Hasta que la Primera carta de Juan ayudó a ver que el evangelio era fiel a lo que las iglesias conocían de la fe de los apóstoles). En el concilio de Nicea (325) se debatió la lista completa de libros canónicos del nuevo testamento que tenemos hoy, ratificada definitivamente en el concilio de Cartago (397). La decisión de “canonizar” los cuatro evangelios no la impuso Constantino a los obispos en Nicea. Según el autor del *Código da Vinci*, Constantino, por intereses políticos obligó a quitar de los evangelios los elementos que mostraban la humanidad de Jesús y a introducir la idea de la divinidad desconocida hasta entonces. Ya vimos cómo todos los evangelios canónicos (a diferencia de los gnósticos) subrayan el valor de la humanidad de Jesús, de la cruz real en solidaridad con las víctimas de la historia, y del compromiso en favor de los demás. Lo que molestaba al emperador era la

plena igualdad de las personas en Dios ("consustancial") porque ello implicaba que el poder máximo ("la monarquía" se decía entonces) no era soledad absoluta, sino igualdad compartida: por eso casi todos los emperadores eran arrianos.

Expondremos unas conclusiones en orden inverso al de nuestra presentación.

1. La figura de Judas que nos presentan los cuatro Evangelios, coincide en que Judas entregó a Jesús a sus adversarios, ayudando a que pudieran acabar con él. Sin aclarar realmente la causa última de su traición, subrayaron progresivamente la maldad de esa conducta, para advertir a los cristianos, que eran perseguidos por el imperio y la religión dominante, de lo terrible que puede ser una traición. Una manera de señalar esa maldad fue relacionar la traición de Judas con el dinero que recibió por ella. Pero lo importante para los evangelistas no era la causa histórica real de la traición de Judas sino la fealdad de la traición.

2. Los cuatro evangelios canónicos no son los únicos que se escribieron en los primeros siglos del cristianismo. Pero sí son los más antiguos (escritos entre los años 70 y 100, mientras que los apócrifos empezaron a escribirse a partir de la segunda mitad del siglo II). Ante su aparición, las distintas Iglesias cristianas tuvieron que dilucidar qué evangelios reflejaban con suficiente fidelidad histórica lo que había sucedido, y lo narraban de modo que expresara bien la fe apostólica de la Iglesia. Para ello elaboraron dos criterios fundamentales: la cercanía del escrito al tiempo en que se fraguó la tradición apostólica, y además, si habían sido leídos en la liturgia de las Iglesias con provecho y con la convicción de que recogían la tradición apostólica testimoniada por las comunidades

CONCLUSIONES

Expondremos unas conclusiones en orden inverso al de nuestra presentación.

1. La figura de Judas que nos presentan los cuatro Evangelios, coincide en que Judas entregó a Jesús a sus adversarios, ayudando a que pudieran acabar con él. Sin aclarar realmente la causa última de su traición, subrayaron progresivamente la maldad de esa conducta, para advertir a los cristianos, que eran perseguidos por el imperio y la religión dominante, de lo terrible que puede ser una traición. Una manera de señalar esa maldad fue relacionar la traición de Judas con el dinero que recibió por ella. Pero lo importante para los evangelistas no era la causa histórica real de la traición de Judas sino la fealdad de la traición.

2. Los cuatro evangelios canónicos no son los únicos que se escribieron en los primeros siglos del cristianismo. Pero sí son los más antiguos (escritos entre los años 70 y 100, mientras que los apócrifos empezaron a escribirse a partir de la segunda mitad del siglo II). Ante su aparición, las distintas Iglesias cristianas tuvieron que dilucidar qué evangelios reflejaban con suficiente fidelidad histórica lo que había sucedido, y lo narraban de modo que expresara bien la fe apostólica de la Iglesia. Para ello elaboraron dos criterios fundamentales: la cercanía del escrito al tiempo en que se fraguó la tradición apostólica, y además, si habían sido leídos en la liturgia de las Iglesias con provecho y con la convicción de que recogían la tradición apostólica testimoniada por las comunidades cristianas primitivas. Así, a través de estos escritos, cualquier Iglesia posterior podrá ponerse directamente en contacto con la tradición fundante de las Iglesias cristianas. La fijación de este canon necesitó tiempo y no pudo culminar hasta finales del siglo IV, una vez el cristianismo fue aceptado por el imperio romano.

Pero ya en el s. II encontramos testimonios de la “canonización” de los escritos neotestamentarios. No pudo ser, pues, una manipulación de Constantino.

3. Vimos cómo nació el primer Evangelio (Marcos), y por qué tuvo tanto éxito en el mundo cristiano que, a partir de entonces, los que escribieron un “Evangelio”, tomaron su gran aportación teológica: *situar las tradiciones sobre Jesús en el marco de su vida que, porque puso el bien del ser humano como criterio decisivo para conocer la voluntad de Dios, le llevó a morir en una cruz*. Sólo que la cruz no fue la última palabra de Dios sobre Jesús: pues su Resurrección manifestó que Dios daba la razón a Jesús sobre sus verdugos, revelando así que la vida acaba triunfando sobre la muerte.

Si queremos, pues, aproximarnos a la historia, *hemos de partir de la cruz, pues es el hecho indudablemente más histórico de cuantos conocemos sobre Jesús*. Hemos de suponer, por tanto, que el Evangelio que mejor explique por qué Jesús tuvo que morir en una cruz es el que tiene más probabilidades de reflejar bien lo que ocurrió realmente en aquel tiempo.

Hemos insinuado que el Evangelio que mejor explica el hecho de que Jesús muriera en una cruz es el de Marcos, aunque, a la vez, nos dé también en su obra, el significado teológico de los hechos que cuenta. A Jesús lo mataron porque puso el bien del ser humano por encima de todo, se puso al lado de los marginados y denunció todo tipo de injusticia Y porque, como completará Juan, amó a los suyos hasta el extremo (Jn 13,1-3), se puso a su servicio (Jn 13,1-20; Mc 10,42-45) y dio su vida libremente en una cruz por amor, y para revelar al máximo el amor infinito del Padre (ver Jn 15,13-17; y 3,16).

Que la intuición teológica de Marcos fue efectivamente buena, lo confirma el hecho de que el significado de la cruz era decisivo para los primeros cristianos. Testimonio de ello lo tenemos en el autor cristiano más antiguo cuyos escritos se nos han conservado: Pablo de Tarso. Él escribió sus cartas en la década de los años 50 d.C. Para Pablo, la cruz, no la sabiduría meramente humana, es el corazón de la predicación cristiana y el criterio decisivo para discernir si lo que se dice sobre Jesús responde o no a una auténtica fe cristiana (ver 1 Cor 1,17-31).

Eso confirmaría la fiabilidad de lo que Marcos nos dice sobre la vida y la muerte de Jesús en su Evangelio (y el resto de los Evangelios canónicos).

4. Los Evangelios apócrifos no son tan antiguos como los canónicos, y su talante se aleja mucho de lo que fue la vida real de Jesús. Con alguna excepción de interés, se resumen en *el maravillosismo y la salvación por el conocimiento*, con desprecio del cuerpo y de la creación (los dirigidos a un público elitista).

Si Jesús hubiera tenido la espiritualidad que ellos le atribuyen, no hubiera acabado en una cruz, condenado por los poderes políticos, económicos y religiosos que dominaban su mundo, marcado como el nuestro por la injusticia. En este contexto resulta obvio que los apócrifos gnósticos desprecien al Dios creador del Antiguo Testamento, y que tomen como héroes a todos aquellos personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento presentados negativamente por ambos testamentos —que reflejan la fe de las grandes Iglesias cristianas—. Para ellos, la salvación no es consecuencia de la encarnación de la Palabra (Jn 1,14), ni del amor inmenso de Jesús que da su vida por nosotros en una cruz (Jn 3,16; Rm 3,21-26), ni implica un compromiso ético a favor del hermano en necesidad, sino que es fruto del conocimiento del que gozan sólo las personas privilegiadas. Los gnósticos ven simbolizadas estas personas en un personaje del Nuevo Testamento que habría recibido la revelación privada, oculta, privilegiada, de parte de Jesús de Nazaret. A esta persona (Tomás, María Magdalena, Judas u otro), atribuyen la obra (“evangelio”)

que fundamenta sus doctrinas novedosas, que se apartan de la fe de las grandes Iglesias cristianas.

5. En este contexto hemos podido constatar la nula fiabilidad histórica y teológica de lo que el *Evangelio de Judas* nos dice, tanto sobre el personaje de Judas, como sobre la figura histórica de Jesús de Nazaret. Lo mismo vale para las afirmaciones de Dan Brown en *El Código Da Vinci* sobre las figuras históricas de María Magdalena y de Jesús. Lo que en este tipo de manipulaciones es debido a la ignorancia y lo que procede de mala voluntad, no nos toca juzgarlo a nosotros. Sus autores verán.

